

paz y con ella la clave del progreso, anunciaron que el Jefe Supremo de la Nación Mexicana acababa de llegar á la histórica Ciudad de Chihuahua, vestida con sus mejores galas para recibirlo.

Sereno, noble y lentamente, acompañado del señor Gobernador del Estado don Enrique C. Creel, que junto con él descendió del tren, el ilustre General Díaz avanzó por la rampa alfombrada tendida entre la plataforma puesta en el ramal que se construyó especialmente para el tren y el Arco de la Ciudad.

Allí, después de que el Héroe de la Paz hubo recibido el saludo respetuoso de los miembros del Ayuntamiento, el señor don José Asúnsolo, Presidente de la Corporación edilicia, alzó la voz, saludando y dando la bienvenida al prominente viajero, en nombre del pueblo chihuahuense, al que honraba con su visita. Se expresó en los siguientes términos:

“Señor Presidente:

En nombre del I. Ayuntamiento de Chihuahua os saludo y os doy cariñosa bienvenida.

El pueblo os recibe y os espera con el mayor entusiasmo.

Yo tengo el honor de poner en vuestras manos las llaves de la Ciudad y los emblemas de la hospitalidad.

Recibid, señor, el testimonio del amor, del respeto y de la consideración de vuestros conciudadanos.”

Luego puso en las manos de nuestro Primer Magistrado las llaves de la ciudad, primorosamente hechas de plata y oro y le ofreció los emblemas de la hospitalidad, consistentes en dos ánforas griegas que contenían el agua y el vino, en una copa y en un salero, artísticas piezas de plata que ostentaban inscripciones con caracteres helénicos, reviviéndose así con gusto ático, una costumbre de los siglos idos.

Muy conmovido, con acento robusto, pero en el cual se advertía la emoción que le embargaba, y en tanto que las manifestaciones de júbilo continuaban sin interrupción, y en tanto que las bandas de clarines seguían lanzando sus notas sonoras y las de tambores batían marcha, y mientras las músicas militares lanzaban á los aires, bajo el claro cielo de aquella tarde de otoño, la armonía del Himno Nacional, el señor General Díaz dió la gracias por la acogida cordial que se le dispensaba, teniendo frases de elogio para el heroico pueblo Chihuahuense que ha sabido luchar como bueno, defendiendo el honor y la integridad de la Patria, en los días aciagos, y que como bueno también sabe trabajar al amparo de la paz.

Concluido que hubo de pronunciar su elocuente discurso, el señor Presidente traspuso las puertas del Arco, que se abrieron á su paso, y entonces dos bellas señoritas, Margarita Rahaim y Palmira Raig, que vestidas de blanco simbolizaban á la Paz y á la Patria, esas deidades á las que el notable estadista ha consagrado su culto y sus energías todas, colocaron artísticas coronas de laurel en la frente vencedora.

Pasado este acto breve y hermoso, el señor General Díaz acompañado del Sr. Gobernador Creel y de los señores General don Manuel González Cosío y Licenciado don Olegario Molina, Ministros de Guerra y Marina y de Fomento, respectivamente, tomó asiento en el coche presidencial tirado por soberbio tronco de caballos que guiaban dos cocheros de librea, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad, en tanto que otros carruajes ocupados por distinguidos caballeros y funcionarios, completaban el desfile á lo largo de la avenida que lleva el nombre santo del Reformador, entre una compacta valla que formaban las tropas de línea,

los batallanes escolares, los gremios de obreros é innumerables particulares que prorrumpían en delirantes aclamaciones al paso del señor Presidente de la República Mexicana, á la cual ha sabido, con ese genio que le coloca á la cabeza de los más grandes estadistas contemporáneos, transformar en Nación respetada, próspera, rica y feliz.

Hubo unos momentos en que el pueblo se desbordó como torrente que salta el dique, rodeando materialmente el coche presidencial, y así fué como el Jefe de la Nación llegó al elegante alojamiento que se le destinó en la casa del señor Gobernador Creel, escoltado por centenares de corazones chihuahuenses en donde ardía una triple llama de orgullo, de patriotismo y de amor.

Pocos, muy pocos minutos más tarde, el señor General Díaz, desde el balcón de su residencia, junto con los señores Gobernador del Estado, Ministro de Guerra y Marina, Secretario de Fomento y General don Luis Terrazas, presencié el brillante desfile de las tropas de la guarnición, de los grupos de obreros y de los batallones escolares, de entre los cuales llamó notablemente la atención el de zacapoaxtlas, constituido por niños de los planteles oficiales que vestían el uniforme de aquellos bravos guerreros que se cubrieron de gloria en luchas tremendas, defendiendo la integridad de la Patria.

Cuando el señor General Díaz y sus acompañantes se retiraban hacia el interior de la residencia presidencial, la ciudad, engalanada maravillosamente, lucía una espléndida y artística iluminación, fingiendo á la mente soñadora un jardín de leyenda y de misterio en donde se abrían como flores milagrosas, rubíes y brillantes, esmeraldas y zafiros; en tanto que allá, en la altura, bajo la copa invertida de los cielos, las estrellas, en afanoso y continuo palpitar,

derramaban polvo de plata sobre la tierra.

Las Bandas unidas del Tercer Regimiento y del 12º Batallón dieron en la Plaza de la Constitución una gran serenata. Este paseo y las calles vecinas, pletóricos de concurrentes, daban la ilusión de un rumoroso mar humano; de todos los labios brotaban frases de admiración para el ilustre huésped de la ciudad y todas las miradas se dirigían hacia el balcón de la casa presidencial, en donde á eso de las diez apareció el Sr. General Díaz.

Los “vivas” y las aclamaciones se oyeron de nuevo, cesando en los momentos en que el Sr. D. Silvino Rodríguez, Presidente de la Unión de Mecánicos Mexicanos, una de las sociedades mutualistas más prestigiadas de esta capital, detúvose frente al balcón en que estaba el Héroe de la Paz, dirigiéndole el siguiente discurso:

“Señor Presidente:

Habéis presenciado las manifestaciones del pueblo de Chihuahua, y desde luego habréis notado que son enteramente sinceras é impregnadas de ese respeto que inspira un hombre que, como vos, habéis luchado tanto en los campos de batalla por la integridad Nacional y en medio de los trascendentales problemas que habéis resuelto desde vuestro gabinete por el progreso de la Patria, encaminando el esfuerzo de sus hijos, no á la baja política que envilece y gangrena el organismo de una Nación, no á la asonada y el cuartelazo, triste remembranza de los primeros días de nuestra vida republicana, sino al trabajo que enaltece, á la educación de las masas, que las ennoblece y al sostenimiento é impulso de toda idea práctica que desarrolla las fuerzas vivas de la Nación.

El que tiene la honra de dirigiros la palabra á nombre del noble pueblo de Chihuahua, es un hijo del pue-

blo, es un obrero, que estando al frente de una Federación de trabajadores, que en una ocasión en que por inevitable necesidad, se vió envuelta en serias dificultades, ocurrió á vos en demanda de vuestros sabios consejos, y sabe qué tan altas son vuestras ideas de justicia, y con cuánta razón os elogia el mundo entero.

Señor Presidente, bajo vuestra bienhechora administración, el labrador se olvida de las armas, sobre las que dormía siempre prevenido para defender su hacienda de la rapiña de los malhechores que infestaban el país, de los bandos políticos armados que constantemente amenazaban su propiedad y su vida, y aún para defender á la Patria, de sentir sobre su suelo el ultrajante paso del invasor extranjero.

Habéis arrancado al pueblo mexicano de las tinieblas de la ignorancia, fecunda fuente de los más grandes desaciertos y habéis formado, en suma, la verdadera unidad Nacional, modelada por vuestra mano firme, como la más perfecta representación de lo que debe ser un pueblo culto y moderno, capaz de alternar, rodeado de respeto y admiración en el concierto de las Naciones más civilizadas. Habéis sabido conducir con fé ardiente y voluntad inquebrantable los impulsos de un pueblo levantisco y fogoso de suyo, pero noble y patriótico, por la verdadera senda del progreso y del orden, que engendran la riqueza nacional, de tal manera, que los que antes eran desolados desiertos, hoy se ven reverdecer, regados por doquiera por el agua fecundante que el genio humano arrebata al río que al mar iba á perderse.

Las máquinas agrícolas surcan los fértiles terrenos de los valles, de las riberas y aún de las faldas de las agrestes montañas, para cultivar la madre tierra; el minero baja á las

profundidades de las minas, para arrancar con máquinas, esclavas del hombre, las innumerables riquezas que bajo sus pesados montes esconden nuestro suelo patrio, mientras arriba, otras potentes máquinas con su funcionamiento magestuoso y silenciosamente, arrastran los metales á la superficie, donde van después á fundirse bajo la acción de potentes hornos. Y en las ciudades y en los pueblos, y hasta en las aldeas se oye el rodar de la maquinaria, y el suspiro del vapor que pone en movimiento los talleres y las fábricas, donde la materia prima de que tan pródiga se mostró la naturaleza para donar á nuestra querida patria, se transforma en el producto perfecto que en sus múltiples formas nos ofrece la industria próspera y floreciente de nuestra República.

Al contemplar este cuadro tan vivo de la actividad nacional, y compararlo con el de borrosos tintes de años pasados, no se puede menos que sentir, con toda la intensidad de que se es capaz, la inmensa deuda de gratitud que todos los mexicanos tenemos contraída con vos, señor Presidente, y sentir á la vez, renacer en el corazón las más vivas esperanzas de que en lo futuro sabréis dar al pueblo mexicano mayor suma de bienestar, y unificar sus aspiraciones hacia todo lo que significa progreso, hacia todo lo que significa orden y hacia todo lo que significa el verdadero patriotismo.

Para terminar, señor Presidente, me es muy honroso unir mis más sinceros votos y cordial bienvenida, á la de los representantes de todas las clases sociales de nuestro Estado natal, deseando ardientemente, que vuestra cortísima permanencia entre nosotros, os deje el grato recuerdo de las manifestaciones espontáneas y cordiales que el pueblo Chihuahuense os hace en recompensa de vuestras altas virtudes de es-

tadista probo é íntegro, del pueblo que os habla con la franqueza que le es característica, que os respeta y os admira.

El Supremo Jefe de la Nación tornó á recibir inequívocas muestras de la satisfacción tan grande con que este pueblo noble y leal le recibía.

La mirada aquilina del Caudillo

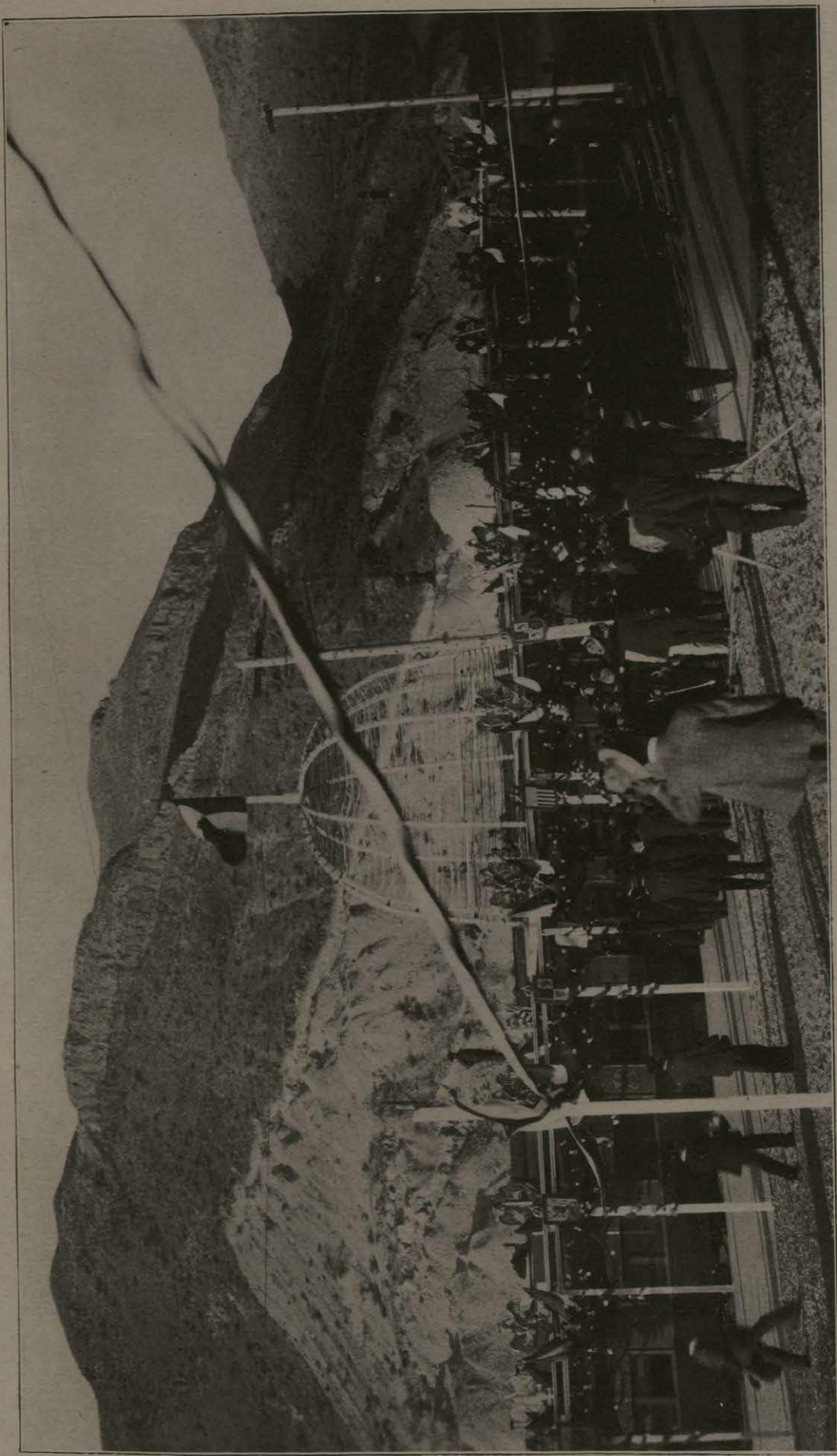
se espació acaso por todo cuanto ella abarcaba, y acaso también el hombre insigne tuvo la ilusión de que Chihuahua, cual una matrona heroica que en otros días, con patriotismo de espartana, envió á sus hijos á los campos de batalla á vencer ó á morir, llegaba hasta él, dulce y sonriente, para ceñir su cabeza marcial con fresca corona de laurel.

—Alfonso Ibarra.

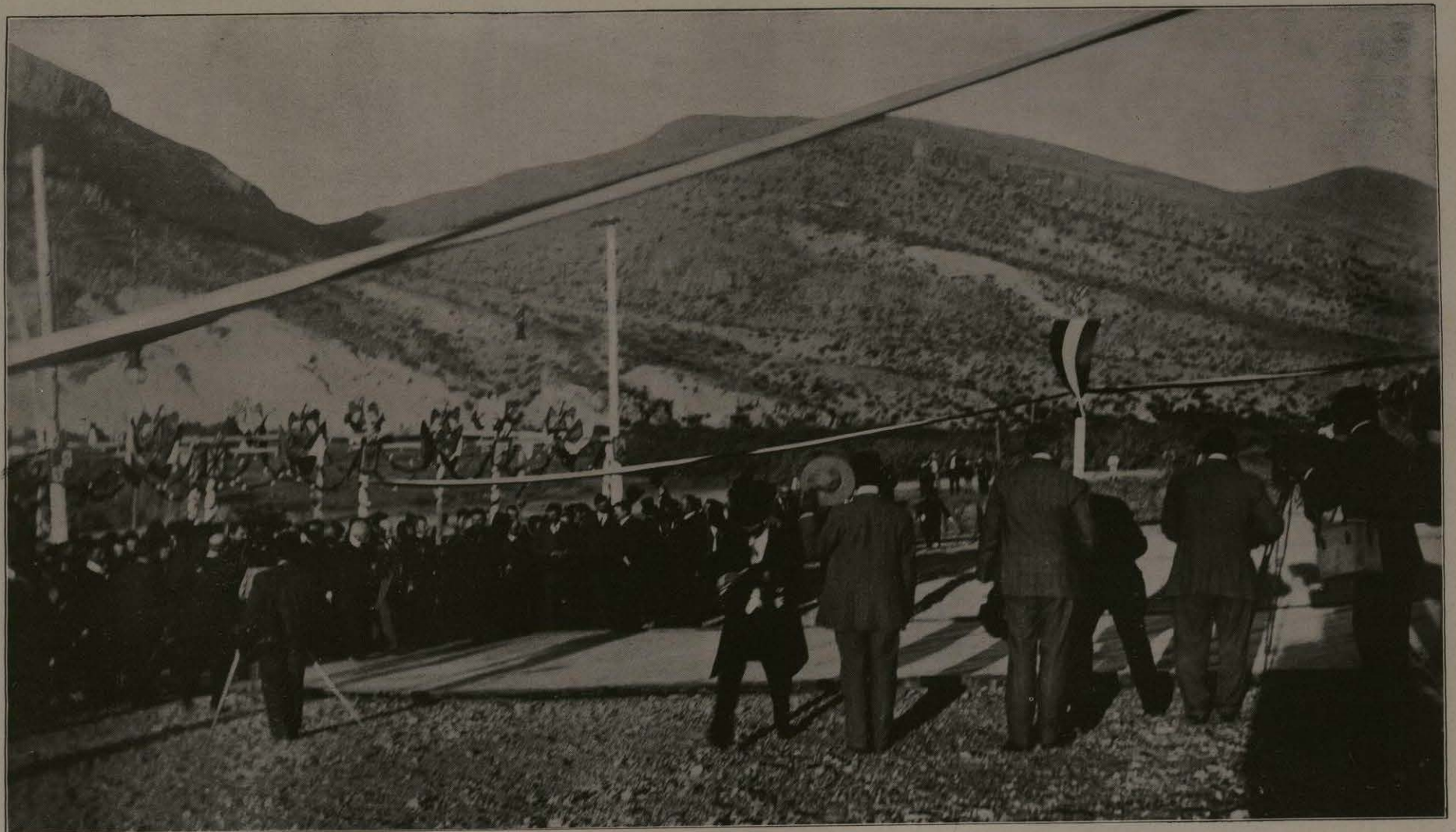




EN ESPERA DEL PRESIDENTE.



EL TREN PRESIDENCIAL LLEGA Á CHIHUAHUA.



EL PRESIDENTE Y LAS COMISIONES SE ACERCAN Á LAS PUERTAS DE LA CIUDAD.



EL PRESIDENTE EN CAMINO PARA LAS PUERTAS DE LA CIUDAD.



SRITA. MARGARITA RAHAIM.



SRITA. PALMIRA RAIG.

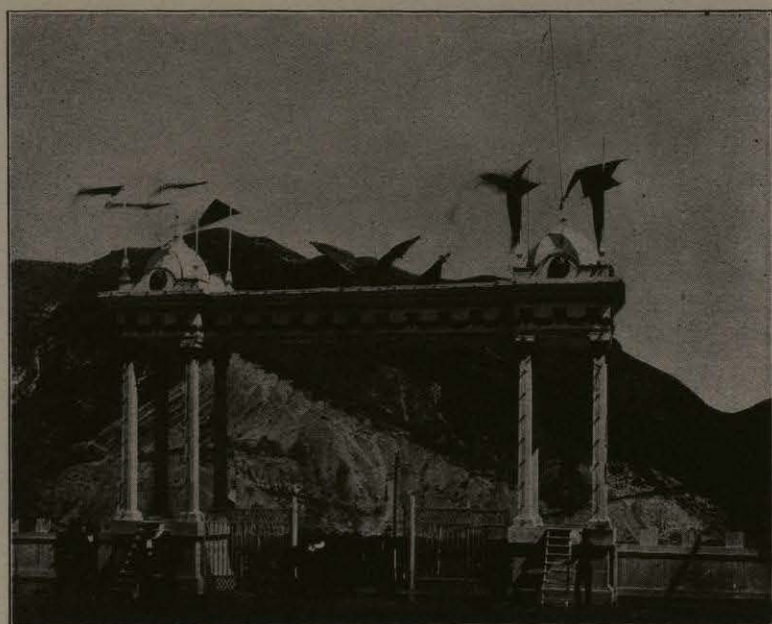


EL PRESIDENTE EN SU COCHE. DESPUES DE RECIBIR LAS CORONAS QUE LE OFRECIERON  
LAS HERMOSAS JÓVENES GRIEGAS.

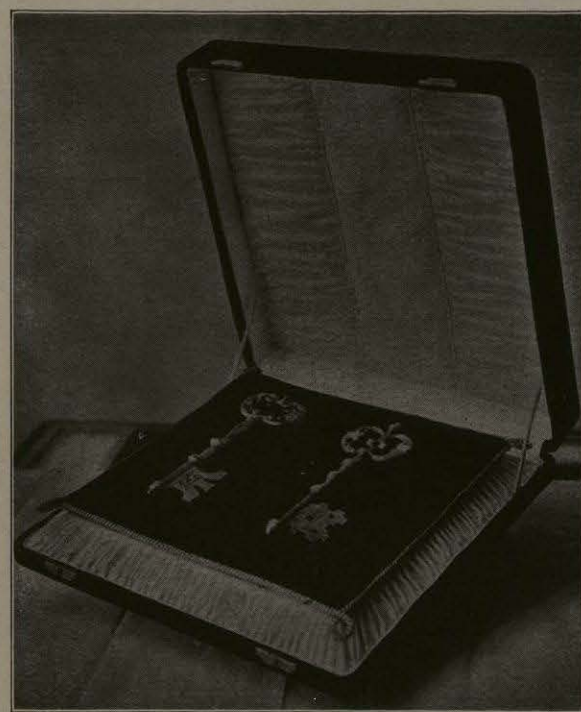


EN ESPERA DEL PRESIDENTE.

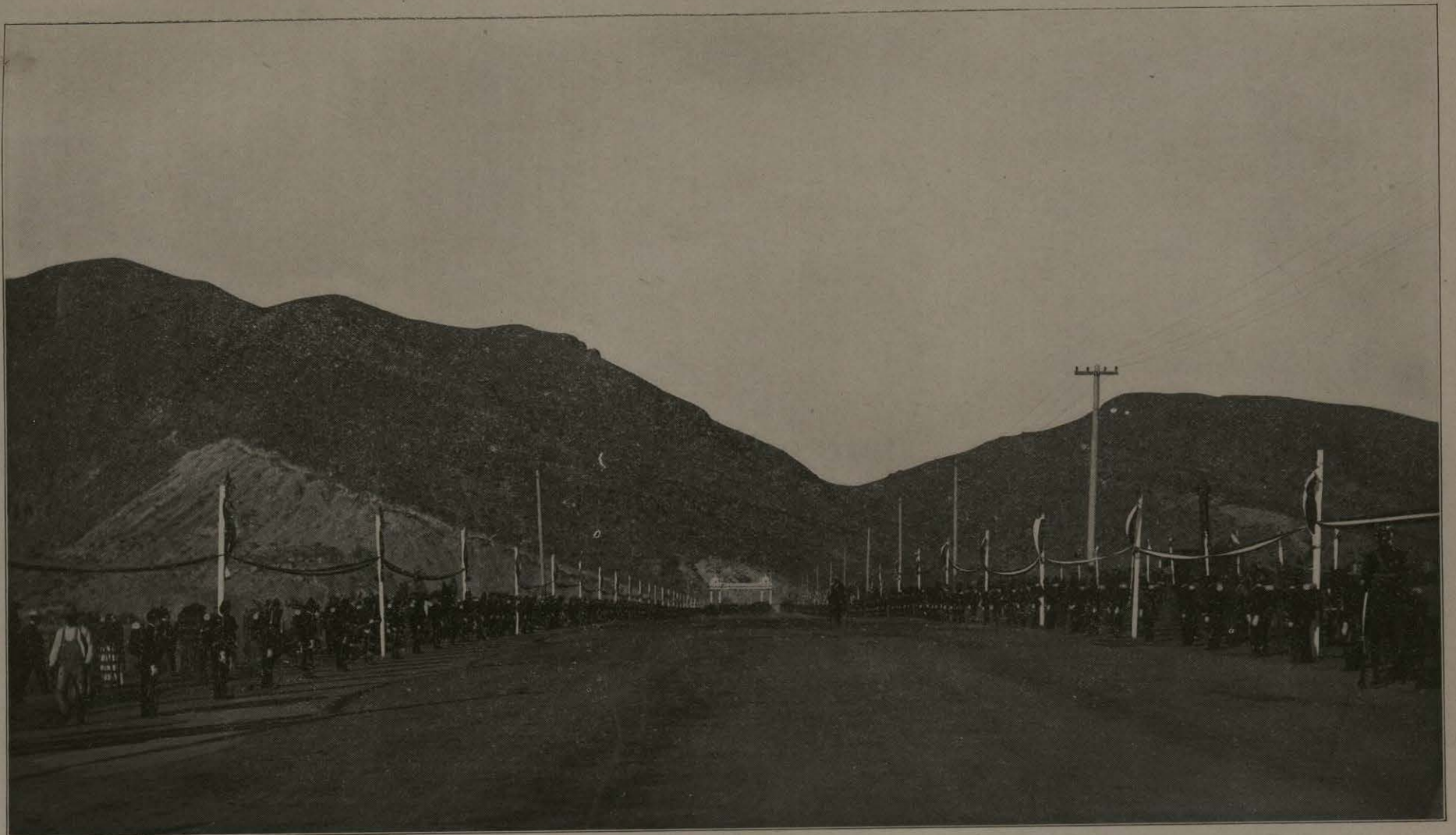




ARCO DEL H. AYUNTAMIENTO.



LLAVES DE LA CIUDAD.



VALLA DE HONOR.

## Los Arcos Triunfales.

Chihuahua, para demostrar su regocijo al inclito hijo de Oaxaca, Presidente actual de la República; para demostrar su respeto y su gran admiración por el hombre cuyos triunfos han quedado inscritos en las páginas de oro de la historia, no sólo por las brillantes acciones de La Carbonera y del 2 de Abril, sino por las más hermosas que ha conquistado en los campos de la política y de la diplomacia, quiso, á semejanza del antiguo pueblo romano, levantar á su paso arcos triunfales.

El primero de todos, fué el erigido por el H. Ayuntamiento de la ciudad, y el artístico proyecto lo formó el conocido artista chihuahuense Guillermo Carrasco.

Este arco, estilo Luis XIII, se levantaba en el remate de la Avenida Juárez. Cuatro elegantes columnas se erguían de cada lado, sustentadas por un severo zócalo y, reposando directamente sobre los capiteles, se levantaba el friso, sobre el cual dos pequeños dombos de artística apariencia, y muy semejantes quizás á los famosos minaretes de la arquitectura árabe, atraían nuestras miradas.

Podría decirse que cada grupo de cuatro columnas formaba un pequeño pabellón aparte, unidos después en lo alto por la prolongación del friso y la cornisa adornado aquel,

de extremo á extremo, por sencillas guirnaldas.

En el medio, un águila, con las alas ligeramente abiertas se posaba en la cornisa; y más abajo dos banderas tricolores, enlazadas, llevaban como broche el escudo nacional.

Fué aquí en donde se efectuó, indudablemente, una de las más patéticas ceremonias; fué aquí en donde el Sr. General Díaz recibió de la ciudad de Chihuahua el más vivo testimonio del cariño y de la veneración que hacía él abriga este pueblo heróico y patriota este pueblo que con igual arrojo ha derramado su sangre en Sacramento y Rosales, defendiendo el terruño contra las invasoras huestes americanas; que se ha paseado por la República entera dejando huellas imborrables de su paso, así en Durango y Colima, como en la Ciudad Angélica, en donde sus hijos, al mando del General Díaz, contribuyeron por su arrojo y denuevo, á arrebatarse el laurel inmarcesible que ostenta nuestra historia, ese luminoso "2 de Abril" de 1867.

Aquí fué en donde, después de la simbólica ceremonia durante la cual el C. Presidente Municipal hizo entrega de las llaves y ofreció el aceite, el vino y la sal en primorosas ánforas de plata al augusto visitante, al abrirse el barandal que obstruía la entrada, descendieron de los in-